

1982

Cuento

Juan Gabriel Araya

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Araya, Juan Gabriel (Primavera 1982) "Cuento," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 15, Article 13.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss15/13>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

JUAN EPULEF
(En el 1900 angolino)

I

«Mi nombre es Juan Epulef, señor, nací aquí, cerca de Angol y siempre fui amigo de la chileno. Yo conocí la puebla cuando estaba nuevito, pero ya estoy viejazo. Sólo vamos quedando la Olegario Naneo y la Domingo Huircalaf. Nos estamos acabando . . . El pueblo era nuevito. Tenía unas tierritas relindas, el trigo flameaba en primavera como las banderas tricolores que cargábamos cuando guainas peleando contra ese indio malo, que mentaban Quilapán.

A la Quilapán lo conocí cuando era cabrito, cuando iba a pensar que iba a parlamentar algún día con esos señores de la puebla grande. A mí no me gustó nunca porque era un diablo ladrón, por lo menos así decían los señores de las casas grandes.

Mis terrenitos quería cuidar para mis cuatro güeñi y fui buen amigo de la chileno. Me enrolé con mis amigos para defender todos las pueblas y las propiedades de nosotros. Correteábamos por los cerros de Los Alamos porque esta indio robando chiquillos, ganados, quemando casas. ¿Cómo quería que no peliáramos con ellos cuando era indio malo todos que mandaba Quilapán? Yo pelié en todas partes, aguardiente nunca faltó. Conocí a todos los jefes que mandaba la soldado y todos los caballeros me querían mucho. Fuimos más de siete u ocho veces hasta el otro lado del río pal lado de Tronura, de Los Alamos pal puelche y siempre correteábamos a los indios y traíamos mucha cautiva. A la cautiva la mandaban pal norte, pal lado de Pueblo Grande. Tuve tantas correrías, señor, tú no sabes como pelié yo. Una vez la Quilapán me mandó decir que peliara al lado de él, pero le mandé recado que no porque él quitaba tierras. Tanto balazo por todas partes. A mí no la tocó nunca, señor. La indio tenía carabina tamién porque había muchos chilenos que se pasaban pal lado de ellos, pero nunca la tocó un balazo a mí. Una vez, entonces yo maté más de diez indios de esa ladrones. La señor jefe me regaló una chaqueta con botones de la soldado y no me la sacaba nunca, de no hacerlo la soldado disparaban contra mía. No ve que soy indio . . .

Ya estoy viejazo, ricuerdo la puebla era asaltada por los bandidos y salían todos disparando a caballo por los bosques, por los hualles, quedaba la tendalá. Me gustaba la pelea. Muchos partieron pal norte, a la pelea con unos cholos.

Siempre fui buen amigo de la chileno, pero tocó la mala suerte. La tocó la mala suerte, señor . . . Tenía nueve güeñi, pero murieron cinco y el último murió asesinado en un guillatún por un hombre grande.

La tocó la mala suerte, señor, porque después de tantos años que fui buen amigo de la Gobierno, me han ido quitando los terrenitos que tenía y los pocos

centavos que me quedan tendré que gastarlos en papel sellado, que al fin no será más que papel, y quien sabe si no me servirá de nada . . .

La Quilapán murió y ya no quita más tierras.

Y yo ando aquí con mi chamal en este caballito después de tantos años dando vueltas por aquí y por allá. Sin jugaretas, revolviendo mi caballo de las lomas a la plaza. Todos los días. Ya no descanso y tengo pena y me gusta recordar cuando peliábamos con la indiada alborota. Los días eran más lindos; brillaban hasta los ojos cuando veíamos al indiaje. Y ahora, por estos lados sola van quedando la Ñanco, la Huircalaf y algún otro diablo suelto por ahí. Con la Quilapán había harto indios y huincas tamién. Por todos lados se veían pasar. Ya se fueron. Y quien sabe si los bosques no se irán tamién . . .

Pero fui bueno, un indio aventurero quizá. En otras tierras dicen . . ., señor, pero porque tengo que ir a esos juzgados que no me gustan.»

II

Juan Epulef luce su medalla reluciente sobre su tosco poncho de lana cruda, mientras piensa que, tal vez, el juez al encandilarse con su brillo se conmueva ante su historia de indio de la frontera y pronuncie por fin la sentencia que le permitirá vivir con tranquilidad en su humilde predio. Tantas cosas que quería decirle, sin embargo sus labios se obstinan en permanecer cerrados; solo el saludo y alguna que otra palabra alusiva a su situación salen hacia el exterior en forma más o menos airosa. El gris recinto del juzgado de indios, ese secretario con anteojos severos, esos marcos dorados con algunas figuras mostachudas más o menos conocidas por él y esos ceniceros atestados de colilla nauseabundas, definitivamente terminan por abrumarlo y por tragarse sus última voces de reclamo, ya sin voluntad ni energía. Cómo explicarle a ese protector de indios que ellos no comprendían todo ese mundo creado por los forasteros, que por esos años apenas si hablaban el castellano, y el valor de los objetos era fijado nada más que por el trueque, según las necesidades de la vida. ¡Tan difícil comprender el valor de la moneda como instrumento de cambio! ¡Carajo!, si la validez de las deudas la daban testigos del acreedor y él ya ni se acordaba a quién diablos le había aceptado ese maldito aguardiente, pero ahí estaba el dichoso papel, ahí mismo en esa mesa oscura:

«Se confiesa recibido del precio estipulado, sirviendo este documento de suficiente garantía de pago. El señor abogado cerciorado de que el cacique vendedor (Epulef a Rafael Anguita) procede en este acto con libre y espontánea voluntad. Por no saber firmar se dará crédito a la palabra del testigo, pues la reglamentación establece que la validez de las deudas la otorgan testigos del acreedor . . . »

Así era la situación. Por eso que ese señor juez no lo miraba, casi no le hablaba, casi le molestaba su presencia. ¿Cuándo se había realizado ese negocio. Ya no tenía memoria; sólo recordaba que una vez - muchos años atrás - un hombre blanco había tomado con él; total qué importaba echarse unos tragos con alguien que había sido su antiguo compañero en las peleas contra el Quilapán famoso.

Miraba inquieto al señor juez. Nada de lo que había traído preparado le había podido decir. Allá afuera el tinterillo que esperaba la ovejita de pago por sus servicios. Por fin el caballero se dignó mirarlo, observarlo mejor de arriba hacia abajo:

«¡Así que tú eres Epulef! Muy bien.»

Y un silencio carraspeado que todavía dura, después de tantos años aún se mantiene en el aire sureño de este lado del mundo. Juan Epulef esperando la sentencia, la palabra sabía que pondría fin a sus traqueteos y a su intranquilidad. Ya era bueno que se pusiera término a su torpe y primitiva inquietud. El secretario atento al silencio, a la palabra, al gesto.

Entonces, la solución; el problema ya resuelto en el decir del juez, quien mirando hacia la ventana, pronuncia, gentilmente, la docta salida jurídica a ese viejo problema de tierras que Epulef año a año planteaba en su importante juzgado de indios. Después de tantas vueltas dadas al asunto, el feliz término llegaba con esta capital decisión:

«Epulef, tú vendiste tus terrenos al trueque. Como te gustaba el aguardiente y el licor hiciste una transacción comercial con Anguita, por tu herencia él te entregó - según precio estipulado en especies - doscientos litros de aguardiente, pero te descontó la cantidad bebida la noche en que se realizó el negocio, según confesión de un testigo, pues bien, para poner fin a esta historia, resuelvo que las quinientas hectáreas recibidas en herencia del cacique Jacinto Epulef, pasarán definitivamente en forma legal a poder de Rafael Anguita, tu antiguo amigo, a cambio de ello y como pago final de la deuda contraída por el señor comprador, te cancelará de una vez por todas y como la justicia en este instante lo determina, la cantidad de aguardiente bebida en esa noche, aproximadamente unos cinco litros . . . Puedes retirarte.»

Y Juan Epulef se fue para siempre. Sin saber que sí tuvo un testigo, uno cualquiera. Aún sin saber que ya caminaba a la tierra, a la infinita, no muy lejos de la tumba de Quilapán y que ambos, vestidos de mapuche, quedarían con sus huesos desnudos en la frontera, hermanados para siempre y apretados mutuamente por un mismo destino.

Juan Gabriel Araya